

«Comenzamos por levantar polvo, y después nos quejamos de que no vemos».

Dichosa edad –y dichosos (tiempos aquellos los del siglo diez y ocho y en Inglaterra– en que sólo o se levantaba polvo en carreteras, polvillos al limpiar la casa y polvaredas las hacían los ventarrones; se empolvaban pelusas, e indiscretamente, en ese vitalmente indiscreto paréntesis anual que se llama «cuaresma», le recordaban al fiel lo de «polvo eres...».

Berkeley, obispo, tuvo ya que reconocer, sin ejemplificar, que había él, y su iglesia, comenzado por levantar polvo religioso, moral, litúrgico con dogmas y ritos. Imponía «ceniza»; y no se aguantaba las ganas –contra la desgana ciertamente del filósofo idealista– de mentar por su nombre al polvo, sin contentarse con silenciosa imposición «ceniza».

Que polvo religioso son dogmas, ritos, ceremonias, catecismos, adoctrinamientos, amén, amenes, creo, creo...; todo ello, «Evangelio» reducido a polvo por filósofos, teólogos –filósofos revestidos de pontífices–, juristas, moralistas, jueces y propaganda oficial de religión oficial.

Quien a través de un tratado de teología, de actas de Concilios; de Confesión de Ausburgo, de Prayer Book..., vea Evangelio de Mateo, Marcos, Lucas, Juan, y vea a Jesús tal cual fue a ojos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan tiene unos ojos, y una

Sentencia de Berkeley, obispo anglicano, filósofo, hombre de sentido común. Murió en 1753; mas su voz y aviso llega hasta 1986, y llegará hasta 2000?

vista más penetrantes que aparatos de radiografía, y un tacto más fino y seguro que el de del mejor zahorí.

Evangelio des-hecho, dis-suelto en proposiciones, por obra de la lógica proposicional; proposiciones levantadas a Credo y a dogmas, a difundir por todo el mundo.

Se había ya –desde siglos– comenzado a levantar polvo religioso por obligación de conciencia: sin caer en cuenta de que era polvo «levantado»; no polvo que levantan naturales vientos.

Berkeley no se quejó de que no viera Evangelio. No cayó en cuenta de que era polvo religioso lo que veía y predicaba.

«Siembra vientos –dice el refrán– y recogerás tempestades.» Siembra dogmas, actas de Concilios... y recogerás tempestades cual el protestantismo, Reforma y Contrarreforma.

«Siembra catecismos», y recogerás «rutina» mental; y levantarás «repetidores» por millones, y ahora por centenares de millones.

La palabra «propaganda» –digan lo que dijeren gramáticos y filólogos de profesión– indica «lo que se ha de propagar» –como «agenda», lo que hay que hacer: «memorandum», lo que hay que recordar.

Esa apelación al deber, a la conciencia, del «propagandun est», tendrá por secuela tranquilizante, y por mérito, el que nadie se queje de no ver lo auténtico, primigenio y primordial.

Son algo más que verbalmente distintos «predicar» el Evangelio y «propagar» el Evangelio. Lo primero se hace de «palabra», entre locuentes y oyentes. De tú a tú; de persona a persona.

«Cuando estuviéres reunidos dos o tres en mi nombre, allí estoy yo en medio de vosotros» –dijo Jesús. De dos a tres... a dos o tres millones, y a doscientos o trescientos millones la distancia no es numérica y cuantitativa; es cualitativa, peyorativa. Es la distancia entre piedra y polvo; entre cohesión natural y dispersión violenta. Entre colectividad viviente y masa humana.

Toda propaganda o fabrica masa o presupone masa.

Se dirige a una mayoría de disueltos; presto «di-solutos», unidos por «amén», por «credo», por «consignas», estribillos, muletillas, frases hechas.

Que eso de «mayoría» no se quede en mayoría «absoluta»: en la mitad más uno, sino que, tomando en serio, con seriedad filosófica, «mayoría absoluta», exija noventa por ciento, noventa y cinco por ciento, dejando entre compasiva y despectivamente cinco, cincuenta... para minorías –para herejes, cismáticos, revoltosos, revolucionarios, disidentes, protestatarios, objetado-

res de conciencia, discolos y disconformes... raros y estrafalarios...–, haría la felicidad, y el negocio redondo, de comerciantes al por mayor, de fabricantes en serie y, según tallas, de estadísticos y compañías de seguros y de políticos, todos ellos contumaces aspirantes a «mayoría» no sólo absoluta, sino integral, sin llegar al ciento por ciento... al millón por millón... para no crear sospechas de fraude, por carta de más.

La mayoría absoluta –en votos, partidarios, fieles, gustos, tallas... tendente y pretendiente a «integral», discretamente descontando a «integral» un diez por ciento, un ciento por mil...– se compone de «mediocres», de «cualesquiera», cada uno un-cualquiera: de Don-nadies.

La propaganda vive de «mayoría de mediocres», cuantos más mejor en número y mediocridad. Y al revés complementario, número de mediocridad viven de propaganda, de lo que les ofrece la propaganda.

«De entre las calamidades de nuestro tiempo, que no son ni pocas, ni pequeñas, una y no la menor» –diré imitando célebre frase de Fray Luis de León– es que habiendo los hombres legado a respirar y vivir en atmósfera de polvo, de casi todo reducido a polvo, no se quejan de no ver.

Polvareda política, que no deja ver «qué es» Política.

Polvareda estética, que no deja ver «qué es» buen gusto.

Polvareda social: sociedad sin clases, sin aristocracia.

Polvareda económica: supermercado.

«Unus christianus, nullus christianus», un solo cristiano, no es cristiano. Es frase de Agustín de Hipona, cuando aún no era santo canonizado. Ahora, de canonizado, la frase ascendió a «canónica»: a verdad oficial. Si un solo cristiano no es cristiano, es obligación de conciencia propagar el cristianismo para llegar a ser cristiano.

La verdad, tal vez, sea otra y más desagradable

«*Omnes christiani, nullus christianus*»: si todos son cristianos, ninguno lo es.

Si todos los hombres –somos ya según las estadísticas cuatro mil millones, y vamos para más– fuéramos vestidos de igual manera, ninguno iría vestido a su manera, pues iría vestido como un don nadie, cual uno cualquiera de cuatro mil millones.

Cuando todos son lo mismo –en moral, religión, régimen político, atuendo, rutinas...– nadie él, él mismo, el mismísimo yo.

«Fuenteovejuna: todos a la una.» Mejor dicho: Todos a la una, luego todos «ovejuna».

Propaganda religiosa, política, social., económica, estética...
Todos a la una, luego todos, y cada uno, «ovejas».

«Oveja», especie animal a la que tan fácil y dócilmente se la lleva al matadero –guerras religiosas, cruzadas; guerras civiles; partidos, confesiones religiosas, concentraciones populares... hasta a cines, estadios, desfiles...

Sin que se quejen de no ver. Y tengan por mérito, hasta de vida eterna, «creer» sin ver.

Me preguntas, mi buen amigo, si sé la manera de desencadenar un delirio, un vértigo, una locura cualquiera sobre estas pobres muchedumbres ordenadas y tranquilas, que nacen, comen, duermen, se reproducen y mueren. ¿No habrá un medio, me dices, de reproducir la epidemia de los flagelantes o la de los convulsionarios? Y me hablas del milenario. (Unamuno, en *Vida de don Quijote y Sancho*, frase inicial.)

Y te diré que no lo sé yo. Lo supo Sartre y lo supo decir. «El doloroso secreto de los dioses y de reyes es el de que sus creaturas y súbditos son libres» (Les Moanches).

No se atreven a confesárselo –entre ellos sí.

No se aventuran a reconocérselo –a los otros, a cada uno, a yo por yo.

Libertad implica igualdad; y ésta, fraternidad; y ésta, desaparición de dioses y reyes; y, por secuela inmediata, la desaparición de esa categoría deprimente para unos, para creaturas y súbditos, y vergonzosa para otros, para dioses y reyes, que no pueden ni saben serlo sino haciendo y manteniendo creaturas y súbditos.

Creatura, súbdito: maneras de rebaño –teológico o jurídico.

Júpiter –dios– castigó a Prometeo –dios– haciendo lo encadenaran dos dioscecillos en una cumbre del Cáucaso, por haber entregado a los hombres el fuego: «maestro de todas las artes», entregando lo previamente robado sutilmente sacado del Olimpo, primer caso de contrabando divino.

El dolor secreto de dioses y reyes es en realidad de verdad el que lo hombres hemos descubierto que ellos, dioses y reyes, no son *libres*. Que tienen –que suelen tener, que propenden a tener– la libertad en forma de «gana». Que no saben hacer –que no suelen saber hacer– más que su divina gana, unos; y otros, su real gana.

Por confundir ellos libertad con gana, voluntad con arbitrariedad.

arbitrariedad, creen –suelen creer...–. inocentes fuera de edad, que sus creaturas y súbditos confundirán también libertad con gana y voluntad con arbitrariedad.

Gana y arbitrariedad son minas radioactivas de «porque sí» y de «porque no». En clásica sentencia: «sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas», traducida en castellano, no clásico, sino castizo: «hágase según mi real gana». Mas para hacer al latín el honor que, aún, le es debido, traduzcamos reverentemente: «así lo quiero, así lo mando; en lugar de razón, hágase mi voluntad».

¿Por qué? –pregunta razón–; «porque sí», responde, porque me da la gana, real, divina, santísima. Respuesta espontánea de dioses y reyes; de dioscecillos y reyecitos –y ¿de cada uno de nosotros?– ofendidos, indignados, ante preguntas que exigen respuesta racional.

¿Por qué caen rayos? Porque su caída se rige por leyes físico-matemáticas, respondió Maxwell; no por gana de dioses. Respuesta racional.

¿Por qué caen rayos? Porque me da mi divina gana de echarlos –respondiera Júpiter.

Desde que surge, avanza y predomina la razón –lógica, matemática– desaparece el polvo y adviene el ver.

La ciencia, la razón, no comienzan por levantar polvo, sino por «aspirarlo» mediante aparatos, racionalmente montados e inventados para tal finalidad.

La razón reabsorbe ese polvillo de dioses olímpicos, de espíritus, dioscecillos, duendes, ventigios, endriagos, brujos y brujas, ángeles y demonios, cada uno de ellos haciendo su real gana, levantando polvo, polvaredas de mitos, leyendas, cuentos, consejas y revelaciones que impedian ver cosas tan sencillas, más que sinceras, inocentísimas, de leyes lógicas, matemáticas y físicas.

Ganas y desganas, arbitrariedades, han dejado, van dejando, de ser reales, divinas, santísimas causas de lo que sucede en este mundo y de lo que nos espera y podemos en cada momento temer los hombres.

Si comenzamos por hacer polvo los hombres de 1986, será porque nos da la gana. Si lo hay aún, será porque nos da la desgana de absorber, mediante enseres inventados y adecuados, el polvo preexistente o el advenedizo.

La propaganda es el arte –¿el Artilugio?– de trocar todo –lo humano, lo divino, lo espiritual lo material, lo estético, lo político, lo moral, hasta higiénico...– en polvo: en bienes mediocrementemente olientes, nubes aromáticas.

Colmo de propaganda es que nos priva de ver lo auténtico, lo esencial, de todo: de lo divino, de lo humano..., de lo higiénico.

Mas el colmo de los colmos de propaganda consiste y se cifra en que consigue el que la mayoría –una mayoría casi aplastante– no nos quejemos de no ver, embriagados por miasmas aromáticos de mediocridad y dopados defensivamente contra Razón y Libertad.

El obispo Berkely –en caso de no haber sido mansa, afable, comprensiva y urbana persona que fue– nos hubiese excomulgado por haber comenzado, continuado y continuar haciendo polvo, y no lamentamos de que no vemos.